

# PINOCHO

EN EL TEATRO  
DE TITERES





00163248



**PINOCHO**

**EN EL  
TEATRO  
DE  
TITERES**

Cuento de  
**C. COLLODI**

Dibujo de **PEDRO FOSSET**

**EDITORIAL TOR**

Ro de Janeiro 760

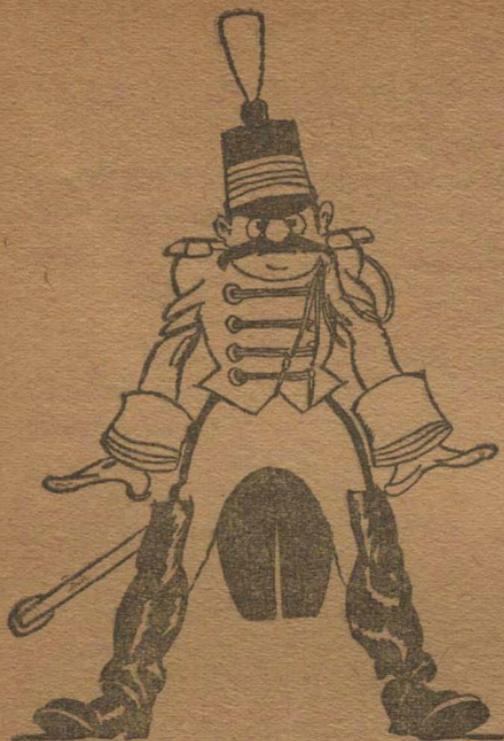
— Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- |   |                                    |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres                 | 51 El niño raptado                 |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos                   | 52 Barba Azul                      |
| 3 Los príncipes encantados                        | 53 Tanino el hormiguero            |
| 4 La Bella durmiente del bosque                   | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte                                      | 55 El tejedor de Segovia           |
| 6 Piel de asno                                    | 56 El príncipe Codadas             |
| 7 La princesa y el erizo                          | 57 La amiguita de los pájaros      |
| 8 Ahí Babá y los 40 ladrones                      | 58 La señorita Scuderi             |
| 9 La inocente mensajera                           | 59 Fábulas de Esopo                |
| 10 Pinocho en campo de milagros                   | 60 Constanza                       |
| 11 El pájaro verde                                | 61 Nicolás y Nicolasa              |
| 12 Pulgarcito                                     | 62 Los rosales de la reina         |
| 13 Los maestros cantores                          | 63 El enfermero del Chacho         |
| 14 El rey del río de Oro                          | 64 Grisélida                       |
| 15 Caparuceta Roja                                | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas                             | 66 Aladino                         |
| 17 El triunfo del sorbo                           | 67 Genoveva de Brabante            |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas               | 68 La Sirenita                     |
| 19 La princesa picarona                           | 69 Peter Pan                       |
| 20 Sinbad el marino                               | 70 El patito feo                   |
| 21 Canción de Navidad                             | 71 Hombre que vendió su nombre     |
| 22 Un viaje maravilloso                           | 72 Los tres pelos del diablo       |
| 23 El niño que se volvió hormiga                  | 73 Hansel y Gretel                 |
| 24 El enano Zacarías                              | 74 La flor del pantano             |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo                  | 75 El buque fantasma               |
| 26 El legado del more                             | 76 La cámara del tesoro            |
| 27 El gato con botas                              | 77 La desobediencia                |
| 28 El hada de Granville                           | 78 El tarro de aceitunas           |
| 29 De los Apesiminos a los Andes                  | 79 El mensajero de la corona       |
| 30 Moñique  | 80 La camisa del hombre feo        |
| 31 El rey Cuervo                                  | 81 La verdad sospechosa            |
| 32 Almendrita                                     | 82 La graciosa Emelia              |
| 33 Pinocho en el país de juguetes                 | 83 El muchacho afortunado          |
| 34 El niño perdido                                | 84 La novia elegida                |
| 35 Robin Hood                                     | 85 Las dos estatuas                |
| 36 La isla encantada                              | 86 La botella encantada            |
| 37 Pif Paf  | 87 El mercader de Venecia          |
| 38 La carga liviana                               | 88 La obligación                   |
| 39 La alfombra mágica                             | 89 El favorito ingenioso           |
| 40 El pájaro que reía                             | 90 Los dos ruiseñores              |
| 41 La Centicenta                                  | 91 El ladrón de Bagdad             |
| 42 Aventuras del rey Beder                        | 92 El tambor del regimiento        |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro                |
| 44 Pinocho en el fondo del mar                    | 94 El barbero silencioso           |
| 45 Gulliver en el país de enanos                  | 95 Las tres perlas                 |
| 46 La bella Dorigen                               | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules                         | 97 El príncipe impostor            |
| 48 Los zuecos maravillosos                        | 98 El rey en busca de novia        |
| 49 Las tres hermanas                              | 99 El soldadito de plomo           |
| 50 Fábulas de Iriarte                             | 100 El mercader y la favorita      |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



# PINOCHO EN EL TEATRO DE TITERES

I.

*El pedazo de leña que lloraba y reía*



ABIA una vez un pedazo de leña que cayó en manos de un viejo carpintero. Este se llamaba Antonio, pero todos lo conocían por el maestro Cereza, apodo que le habían puesto porque la punta de su nariz, que siempre estaba reluciente y era de color morado, parecía una cereza madura.

Cuando el carpintero de nuestro cuento reparó

en el pedazo de leña, se frotó las manos de gusto y murmuró:

—¡Linda madera! Me servirá para hacer una pata de mesa.

Sin perder tiempo, tomó el hacha con intención de empezar a quitarle la corteza y pulirla; pero apenas levantó el brazo para dar el primer golpe, se detuvo, pues oyó una vocecita de timbre agudo que decía, suplicante:

—No me des muy fuerte...

El bueno del maestro Cereza recorrió, con ojos azorados, toda la habitación, para ver de dónde había salido aquella extraña súplica.

—Sin duda — dijo, sonriendo y rascándose la peluca — los oídos me han engañado... Sigamos trabajando...

Y tomando el hacha de nuevo, dió un fuerte golpe en el pedazo de leña.

—¡Ay, que me haces daño! — gritó en tono lastimero la misma vocecita.

Esta vez el pobre carpintero se quedó duro de asombro y espanto. Cuando recuperó el uso de la palabra, empezó a decir con voz balbuciente:

—¿Quién puede haber hablado? Aquí no hay nadie. ¿O será que este pedazo de leña ha aprendido a llorar y a quejarse como una criatura?... Pero no puede ser. Esta madera no es más que una vulgar astilla para el fuego... ¿Habrá alguien escondido en su interior? Si es así, peor para él. ¡Lo voy a arreglar!

Esto diciendo, agarró con ambas manos el pedazo de leña y empezó a golpearlo sin miramiento •



*Era un viejito muy vivaracho  
que se llamaba Geppetto.*

alguno contra las paredes del taller. Luego se puso a escuchar atentamente, por si llegaba a sus oídos otra vez la vocecita. Esperó así varios minutos, y ¡nada!

—Por lo visto — dijo, ya tranquilo del todo — ha sido pura imaginación mía. Volvamos al trabajo.

Cuando hubo desbastado bien el pedazo de madera, tomó el cepillo y empezó a pulirlo y alisarlo. Pero no tardó en oír la misma vocecita de antes, que le decía riendo:

—¡Termina de una vez, viejo!... Me estás haciendo unas cosquillas bárbaras.

Esta vuelta el pobre carpintero cayó al suelo como fulminado por un rayo. Cuando volvió en sí,

se encontró sentado sobre el piso y dolorido por el golpe.

## II

### *El viejo que quería hacer un muñeco*

Apenas el maestro Cereza se estaba reponiendo del tremendo susto, llamaron a la puerta del taller.

—¡Adelante! —gritó el carpintero, que todavía no tenía ánimo para levantarse del suelo.

—Buenos días, don Antonio —dijo Geppetto, mientras entraba en el taller.

—Aquí me tiene, dispuesto a servirlo.

—Gracias. Esta mañana he pensado construir un muñeco de madera. Pero no un muñeco cualquiera, sino uno prodigioso, que sepa bailar, tirar al sable y dar saltos mortales. Con este muñeco quiero recorrer el mundo para ganarme un pedazo de pan y un vaso de vino. ¿Qué le parece?

—¡Muy bien, Pulentita! —gritó la misma voz de antes.

Al oírse nombrar por el apodo, Geppetto se puso rojo de ira y, encarándose con el carpintero, le dijo:

—¿Por qué me está ofendiendo?

—Yo no he hecho nada.

—Me ha llamado Pulentita.

—No he sido yo.

—¿Cómo que no?

Y, cada vez más acalorados, de las palabras pasaron a los hechos. Se agarraron de las pelucas, se arañaron, se mordieron y se pusieron hechos una lástima. Terminada la pelea, el maestro Cere-



—No me ofenda, o lo llamo Pulentita.

za tenía en las manos la peluca amarilla de Gepetto, y éste se encontró con la peluca canosa de aquél entre los dientes.

—Devuélvame mi peluca — dijo el carpintero.

—Tome. Y usted devuélvame la mía, y hagamos las paces.

Los dos viejitos se colocaron sus respectivas pelucas y se dieron la mano jurando seguir siendo buenos amigos para toda la vida.

—¿Cuál es el favor que quería usted que le hiciera? — preguntó el carpintero a su visitante.

—Quisiera un pedazo de madera para construir mi muñeco. ¿Me lo puede usted dar?

El maestro Cereza corrió alegremente a su banco en busca del pedazo de leña que tantos sustos le había proporcionado, pero cuando estaba por entregárselo a su amigo, el madero pegó una sacudida y, escabulléndose de sus manos, fué a golpear

fuertemente en las delgadas piernas de Geppetto.

—¡Linda manera de regalar las cosas! —dijo éste—. Casi me deja rengo.

—Le juro que yo no he sido. La culpa es de la madera.

—No hace falta que lo diga. Pero usted fué quien me sacudió con ella las canillas.

—¡Yo no he sacudido nada!

—¡Mentiroso!

—No me ofenda, o lo llamo Pulentita.

Geppetto volvió a perder los estribos y se abalanzó sobre el carpintero, trenzándose de nuevo los dos en una pelea violenta, terminada la cual el maestro Cereza se encontró con dos arañazos más en la cara y su contrincante con dos botones menos en el chaleco. Saldadas las cuentas en forma tan equitativa, se estrecharon otra vez las manos y juraron ser buenos amigos por el resto de su vida.

Después Geppetto cargó con el famoso pedazo de madera y, agradeciendo al viejo vecino, se encaminó a su casa con pasos rengos.

### III

#### *Primeras travesuras de Pinocho*

Geppetto vivía en una pieza baja que recibía la claridad del día por un tragaluz. Los muebles eran de lo más sencillo que puede haber: una silla derrengada, una cama dura y una mesa destartada.

Apenas llegó a su casa con el pedazo de madera, tomó las herramientas y empezó a tallar su muñeco. Mientras lo estaba haciendo, se decía:



*Cargó con el famoso pedazo de madera.*

—¿Qué nombre le pondré?... ¡Ya está! Lo llamaré Pinocho. Estoy seguro que este nombre le traerá suerte, pues he conocido una familia en la que todos se llamaban Pinocho: Pinocho el padre, Pinocha la madre y Pinochitos los hijos. Ninguno de ellos podía quejarse de su suerte. Recuerdo que el más rico pedía limosna.

Cuando hubo terminado éstos, quedó asombrado, ñeco, el viejo empezó a trabajar más ligero. Al poco rato quedaron hechos los cabellos de Pinocho; luego, la frente; luego, los ojos...

Cuando hubo terminado éstos quedó asombrado, pues vió que se movían y lo miraban fijamente. No tardó en reponerse. Entonces dijo, enojado:

—Ojazos de madera, ¿por qué me estáis mirando?

Después hizo la boca, y todavía no la había ter-

minado, cuando el muñeco empezó a reír y hacerle chistes.

—¡Basta! — ordenó Geppetto, fastidiado.

Como si hubiera hablado a la pared, la boca siguió largando carcajadas.

—¡Basta de risa! — gritó con tono amenazante.

Entonces la boca dejó de reír, pero sacó la lengua fuera en son de burla.

Geppetto, para no echar a perder todo el trabajo, hizo el que no veía, y siguió tallando. Terminada la boca, hizo la barbilla, y luego el cuello, la espalda, el vientre, los brazos y las manos. Apenas éstas estuvieron listas, sintió que le arrancaban la peluca. ¡Miró hacia arriba y vió que estaba en manos de Pinocho!

—¡Devuélveme mi peluca! — le ordenó.

Pero el muñeco, en lugar de obedecer, se encasquetó la cabellera hasta quedar medio ahogado.

Ante una travesura tan insolente, Geppetto se entristeció como nunca en su vida, y, dirigiéndose a Pinocho, le dijo:

—¡Lindo hijo eres tú! Todavía no he terminado de hacerte, y ya me estás faltando. Aunque las canas no se me vean, merecen respeto. Así vamos mal.

Y, al decir esto, se secó una lágrima.

Pero faltaban todavía las piernas y los pies. Cuando el viejo dió por terminado este último trabajo, sintió en la nariz un puntapié violento.

—Lo tengo bien merecido —se dijo—. Podía habérmelo imaginado. Ahora ya es tarde.



*La boca seguía largando  
carcajadas.*

Inmediatamente tomó a Pinocho por los sobacos y lo puso en el suelo para hacerlo andar.

El muñeco tenía las piernas engarrotadas y no sabía moverse. El viejo, tomándolo de la mano, le enseñó a dar un paso tras otro. ¡No lo hubiera hecho! Apenas Pinocho se sintió con las piernas ágiles, empezó a caminar primero y luego a correr por la pieza, no tardando en salir a la calle y disparar como un gamo.

—¡Atájenlo!... ¡Atájenlo! —gritaba el viejo, corriendo detrás suyo.

Pero la gente, viendo a ese muñeco de madera que corría con la agilidad y soltura de un potro árabe, se detenía, asombrada, para contemplarlo, y reía de muy buena gana.

Por fin apareció un policía, el cual, creyendo

que semejante alboroto lo provocaba un caballo desbocado, se plantó resueltamente en mitad de la calzada con las piernas abiertas, decidido a sujetarlo para evitar desgracias.

Pero Pinocho, al advertir de lejos al agente que cerraba la calle, se dispuso a tomarlo de sorpresa y pasar entre sus piernas. Sin embargo, se embromó. El policía, sin necesidad de moverse, lo agarró tranquilamente de la nariz y se lo devolvió a Geppetto. Este, para castigarlo, quiso darle un tirón de orejas, pero no se las pudo encontrar. Resulta que, con la precipitación, se había olvidado de hacérselas. Entonces lo tomó por el pescuezo, y mientras lo llevaba de vuelta a su casa, le decía, sacudiendo la cabeza con enojo:

—Cuando lleguemos, te ajustaré bien las cuentas.

Ante semejante amenaza, Pinocho se tiró al suelo, negándose a dar un paso más.

Mientras tanto, los curiosos y los vagos empezaron a rodearlos. Y, cada cual a su manera, comentaban el suceso.

—¡Pobre muñeco! —decían unos—. A lo mejor hace bien en no querer volver a su casa. ¡Quién sabe cómo lo castigará ese viejo bárbaro!

Y otros añadían:

—Ese Geppetto parece un buen hombre, pero es un tirano con los chicos. Si le dejan al pobre muñeco entre las manos, es muy capaz de romperlo.

Fué tanto lo que dijeron y tan en contra del viejo, que el policía dejó en libertad a Pinocho y se llevó preso a Geppetto. Este, sin encontrar palabras con que defenderse, lloraba como un ternero, mientras decía:

- ¡Hijo desnaturalizado!... ¡Para eso me esforcé en hacerlo un muñeco como es debido?... Me lo tengo bien merecido, después de todo. Las cosas hay que pensarlas antes de hacerlas.

#### IV

##### *El Grillo que Habla*

Al llegar Pinocho a su casa encontró la puerta de la calle entornada; de manera que pudo entrar sin inconveniente. Una vez adentro y apenas corrió el pasador, se echó sobre el piso para descansar, lanzando un suspiro de satisfacción.

Pero su sosiego no duró mucho, ya que oyó a alguien que dentro de la pieza hacía: "Cri... Cri... Cri..."

-¿Quién es? — preguntó Pinocho, asustado.

-Soy yo.

El muñeco se dió vuelta y vió un grillo de gran tamaño que trepaba lentamente por la pared.

-¿Cómo te llamas? — preguntó Pinocho.

-Soy el Grillo que Habla, y hace más de cien años que vivo en esta pieza.

-Pues ahora esta pieza es mía — dijo el muñeco. — Conque ya puedes irte, sin volver siquiera la cabeza.

-¡Ah!, ¡sí?... Pues no me iré sin antes decirte cuatro frescas.

-Bueno, dilas, pero rápido.

-¡Pobres de los chicos que no obedecen a sus padres y abandonan por capricho el hogar de sus mayores! Nada bueno conseguirán en este mundo, y, tarde o temprano, se arrepentirán amargamente.

—¡Está bien: Déjame tranquilo de una buena vez, Grillo de mal agüero — dijo Pinocho, esta vez levantando la voz con enojo.

—Ya que no te gusta ir a la escuela, debieras, por lo menos, aprender un oficio. Así podrías ganarte honradamente un pedazo de pan.

Pinocho, que ya estaba perdiendo la paciencia, replicó:

—¿Sabes por qué no quiero aprender un oficio? Porque de todos los que hay, sólo uno me gusta de veras.

—¿Cuál es?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y hacer vida de vago desde la mañana hasta la noche.

—¡Infeliz Pinocho! Me das lástima...

—¿Por qué te doy lástima?

—Porque no eres más que un muñeco y, para colmo, tienes la cabeza de madera.

Al oír esto, Pinocho se levantó furiosamente y, tomando una maza que había sobre un banco, la arrojó contra el Grillo que Habla.

Tal vez no creía en su buena puntería; pero lo cierto es que, desgraciadamente, le fué a dar al insecto en la cabeza. El pobre Grillo lanzó a duras penas su último "Cri... cri... cri...", y se quedó duro, inmóvil, pegado en la pared.

## V

### *El huevo volador*

La noche se iba acercando, y Pinocho, que no había comido nada desde que vino al mundo, sintió



*Tomando una maza  
que había...*

en el estómago un vago cosquilleo parecido al apé-  
tito.

Y el hambre crecía, crecía, y al pobre muñeco no le quedaba otro consuelo que bostezar, y sus bostezos eran tan largos y tan abiertos que a veces la boca le llegaba hasta el lugar donde debía tener las orejas.

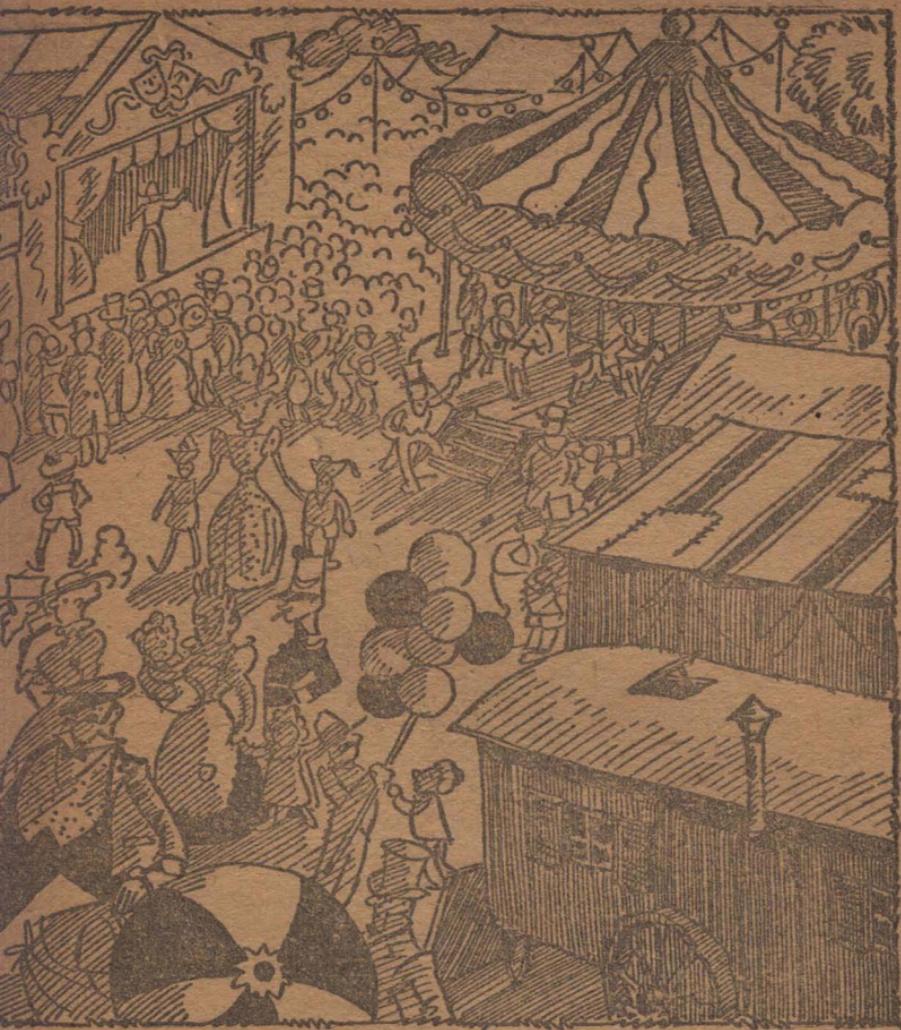
Cuando la desesperación lo dominó por completo, dijo, llorando:

—El Grillo tenía razón. Hice muy mal en desobedecer a mi padre y huir de casa. Si papá estuviera ahora aquí, no me estaría desquijarando a bostezos. ¡Qué enfermedad tan horrible es el hambre!

De pronto le pareció ver en la basura una cosa redonda y blanca parecida a un huevo de gallina. Pegar un salto y caer sobre ese objeto fué cuestión de un instante. Efectivamente, era un huevo.



*De pronto se encontró en una plaza llena de gente*



*que se arremolinaba alrededor de un barracón.*

No hay cómo describir la alegría de Pinocho. Pero se la pueden ustedes imaginar. Creyendo que se trataba de un sueño, daba vueltas al huevo entre sus manos, y mientras lo acariciaba y besaba, decía:

—¿De qué manera lo cocinaré?... ¿En tortilla?... ¿Revuelto?... No, será mejor que lo haga frito. ¿Y si lo pasara por agua?... Lo más rápido será cocinarlo en la cacerola.

Puso un recipiente sobre un brasero encendido; en lugar de aceite, le echó un poco de agua, y cuando ésta empezó a largar humo, rompió la cáscara del huevo y se dispuso a volcar su contenido.

Afortunadamente, se contuvo a tiempo, pues, en lugar de la clara y la yema, salió del interior de la cáscara un pollito muy alegre que, lleno de cumplidos, le hizo a Pinocho una profunda reverencia, al tiempo que le decía:

—Le agradezco que me haya ahorrado el trabajo de romper el cascarón. ¡Hasta la vista, señor, y muchos saludos a su familia!

## VI

### *Los pies quemados*

Aquella noche era una de las más espantosas del invierno. Tronaba con gran estrépito, relampagueaba como si al cielo le pegaran fuego, y un viento frío y fuerte silbaba furiosamente, levantando verdaderas nubes de tierra y haciendo crujir todos los árboles.

Pinocho le tenía mucho miedo a los truenos y

*Los pies, que,  
como todo su  
cuerpo, eran  
de madera...*



los relámpagos; pero como el hambre suele ser más fuerte que el miedo, salió afuera, entornó la puerta y se lanzó a la carrera. Después de un centenar de saltos, se encontró en el pueblo. Estaba con la lengua afuera y resollando fuerte como un perro de caza después de cobrar una pieza.

Pero en el pueblo lo encontró todo desierto y envuelto en tinieblas. Los comercios estaban cerrados; no se veía ni una ventana abierta, y por la calle no andaban ni los perros. Parecía un cementerio.

Entonces Pinocho, presa de la desesperación y el hambre, se colgó de la soga de la campanilla de una casa y empezó a tirar con todas sus fuerzas, mientras se decía:

—Alguien saldrá a ver quién llama, con toda seguridad.

En efecto, no tardó en asomarse un viejito, to-

cado con un gorro de dormir. Al verlo, le gritó con enojo:

—¿Qué quieres a estas horas?

—Un pedazo de pan, por caridad...

—Acércate y tiende tu sombrero.

El muñeco, que no tenía sombrero, se acercó y sintió caerle encima el contenido de una palan-gana. Era un agua fría que lo empapó de la cabeza a los pies.

Entonces Pinocho regresó a su casa completamente mojado y agotado por el cansancio y el hambre. Sin fuerzas para seguir teniéndose en pie, se sentó en un banco, apoyando las piernas húmedas y cubiertas de barro sobre el brasero, que seguía encendido.

Al rato se durmió. Y mientras dormía, los pies, que, como todo su cuerpo, eran de madera, empezaron a quemarse, convirtiéndose después en carbón y finalmente en ceniza.

Al amanecer, unos golpes dados en la puerta repetidamente y con violencia, lo despertaron.

—¿Quién es? —preguntó, mientras bostezaba y se restregaba los ojos.

—Soy yo — contestó una voz.

Era la voz del desdichado Geppetto.

## VII

### *El desayuno*

Como mantenía los ojos cerrados por el sueño, Pinocho no vió en el primer momento sus pies quemados. Pero al saltar del banco donde se había sen-



*Sacó tres peras y, dándoselas, le dijo...*

tado, para abrir la puerta tambaleó dos o tres veces y finalmente cayó cuan largo era.

Y mientras tanto Geppetto, desde la calle, gritaba:

—¡Abreme!... ¡Abreme!...

—No puedo, papá — contestó Pinocho entre lágrimas, mientras rodaba por el suelo.

—¡Por qué no puedes?

—Porque me han comido los pies.

—¡Quién te los ha comido?

—El gato — contestó el muñeco, al ver que el felino se divertía haciendo bailar unas virutas entre sus patas.

—¡Abreme! — volvió a ordenarle el viejo—. Si no me obedeces, te voy a dar al gato.

—No puedo tenerme en pie, papá. Créame que es cierto. ¡Ay de mí! Tendré que caminar con las rodillas durante el resto de mi vida.

Creyendo Geppetto que tales exclamaciones y lloriqueos no eran otra cosa que una de las terribles travesuras de Pinocho, se dispuso a terminar de una vez, y trepando como pudo por la pared, entró en la casa por la ventana.

El primer impulso que tuvo fué el de retar y pe-

gar al muñeco; pero al verlo tirado en el suelo y de veras sin pies, se enterneció y, tomándolo en brazos, lo besó y acarició, y le dijo entre lágrimas:

—¡Pobre, mi Pinocho!... ¡Cómo has hecho para quemarte los pies?

—No lo sé, papá; pero créame que pasé una noche tan terrible que no la he de olvidar mientras viva.

Y le contó lo que le había ocurrido, desde el diálogo con el Grillo hasta el baño de la palangana terminando con la vuelta al hogar y el percance del brasero.

Cuando hubo concluído su relato, Pinocho empezó a llorar tan fuerte que lo hubieran oído en cinco kilómetros a la redonda.

Geppetto, quien, del enmarañado relato del muñeco había comprendido una sola cosa: que Pinocho estaba muerto de hambre, metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó tres peras, y, dándoselas, le dijo:

—Esta fruta la reservaba para mi desayuno. Sin embargo, te la doy de buena gana. Cómela y que te haga buen provecho.

—Si quiere que coma esas peras, tendrá que hacerme el favor de pelarlas.

—¿Pelarlas? —preguntó el viejo con extrañeza—. No hubiera creído jamás que fueras tan delicado. Haces mal en ser así. Conviene acostumbrarse desde chicos a tener buen diente y a comer de todo lo que se ofrezca, pues nadie sabe lo que le puede pasar a uno. ¡Da tantas vueltas el mundo!...

—Habla usted muy bien —dijo Pinocho—, pero yo no comeré nunca una fruta sin mondarla. No puedo sufrir la piel.



—¿Y la casaca? —le preguntó Pinocho.

Cuando Pinocho hubo comido de un par de bocados una de las peras, hizo ademán de tirar el corazón, pero el viejo le sujetó el brazo, diciéndole:

—No lo tires, que en este mundo todo puede servir.

—Pues yo no estoy dispuesto a comerme esto —dijo el muñeco.

—¡Quién sabe! Pueden ocurrir tantas cosas en esta vida... —replicó Geppetto sin enojarse.

Cuando Pinocho hubo terminado de comer la fruta, dió un prolongado bostezo y, sollozando, exclamó:

—Tengo más hambre, papá.

—Pues no tengo más comida.

—Y bueno —dijo el muñeco—. Ya que no hay otra cosa, comeré la piel de una de las peras.

Y, haciéndolo como dijo, empezó a masticar. Al principio hizo un leve gesto de repugnancia, pero después, una tras otra, se fué comiendo la piel de las tres peras. A continuación hizo lo propio con

los corazones, y cuando terminó de comerlo todo, se dió unas palmadas en la barriga y exclamó, contento:

—¡Ahora sí que me siento satisfecho!

## VIII

### *Con pies nuevos*

Una vez que hubo satisfecho su apetito, Pinocho empezó a rezongar y a llorar, diciendo que quería un par de pies nuevos.

—¿Para qué quieres otro par de pies? ¿Para volverte a disparar de casa?

—Le prometo —dijo Pinocho, siempre llorando—, que en lo sucesivo me portaré bien.

Geppetto, que a pesar de poner cara de hombre severo, tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón transido de pena al ver a su pobre Pinocho en tan lastimoso estado, no contestó, pero se levantó, y tomando dos pedacitos de madera bien estacionada, trabajó en ellos con la mejor buena voluntad. Tanto y tan bien trabajó, que en menos de una hora los pies nuevos del muñeco estaban listos. Eran esbeltos y nerviosos como si los hubiera tallado un verdadero artista:

Entonces el viejo le dijo a Pinocho:

—Cierra los ojos y quédate dormido.

El muñeco obedeció a medias, pues si bien cerró los ojos como se lo había mandado, no durmió, sino que lo hizo ver.

Mientras se hacía el dormido, Geppetto, con un poco de cola, pegó los pies en su sitio y lo hizo tan bien que no se notaba el remiendo.



—No le compro nada  
a los niños.

Apenas Pinocho comprendió que nuevamente tenía un par de pies, saltó de la mesa donde se había acostado y comenzó a hacer piruetas como si estuviera loco de alegría.

—Para pagarle el bien que me ha hecho —le dijo a su padre—, estoy dispuesto a ir inmediatamente a la escuela.

—¡Así me gusta! —exclamó el viejo.

—Pero para ir a la escuela necesito un traje.

Geppetto, que era tan pobre que no tenía ni un cobre de los más pequeños en el bolsillo, le hizo un traje con papel floreado, un par de zapatos de corteza de árbol y una gorra de miga de pan.

Pinocho corrió a mirarse en una palangana llena de agua que le servía de espejo y se encontró tan a su gusto, que exclamó, mientras se pavoneaba:

—Ahora sí estoy bien. Parezco gran señor.

—Efectivamente —confirmó el viejo—, pues debes tener presente que no es la ropa costosa la que hace al señor, sino la ropa limpia.

—Pero para ir a la escuela, me falta algo —dijo Pinocho—, algo que es precisamente lo mejor.

—¿Qué es lo que te falta?

—La cartilla.

—Es cierto. Pero, ¿cómo conseguirla? No tengo dinero para comprarla...

El muñeco, a pesar de ser muy alegre, como hemos visto, se entristeció a la par del viejo, pues la miseria, la miseria verdadera, la comprenden hasta los chicos.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo Geppetto de repente, mientras se levantaba.

Se puso su vieja casaca de fustán, llena de zurcidos y remiendos, y salió a la calle apresuradamente.

Al poco rato volvió trayendo la cartilla para su hijo. Pero ya no llevaba la casaca. El pobre estaba en mangas de camisa. ¡Y afuera nevaba!

—¿Y la casaca? —le preguntó Pinocho.

—La vendí.

El muñeco comprendió, y sin poder contener el impulso de su corazón, se colgó del cuello de Geppetto y le llenó la cara de besos.

## IX

### *La tentación del teatro*

Cuando terminó la nevada, Pinocho, con la cartilla recién comprada bajo el brazo, se dirigió a

*Era un hombre tón de  
cara tan fea que asus-  
taba.*



la escuela. Mientras caminaba, andaban por su cabeza infinidad de proyectos, a cual más lindo. Y construyendo castillos en el aire, se decía:

—Hoy mismo aprenderé a leer; mañana, a escribir, y pasado, a hacer cuentas. Luego, gracias a mis conocimientos, podré ganar mucho dinero. Con la primera plata que reciba compraré una linda casaca de paño para mi papá. ¿De paño, dije? No. Ha de ser toda de plata y oro con botones de diamante. El pobre viejo se la merece como ninguno, pues, para poder comprarme el libro y mandarme a la escuela, se ha quedado en mangas de camisa. ¡Y hace un frío!... ¡Únicamente los padres son capaces de sacrificios semejantes!

Sin pensarlo más, se dirigió a la calle transversal y echó a correr. Cuanto más corría, más cla-

ramente oía el sonar de los pífanos y el retumbar del bombo.

De pronto se encontró en una plaza llena de gente que se arremolinaba alrededor de un barracón de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó Pinocho a un chico del pueblo.

—Lee el cartel y lo sabrás.

—Con mucho gusto lo haría, pero no sé leer.

—¡Valiente burro! —le dijo con sorna el chico—. Entonces te lo leeré yo. Dice así: “Gran teatro de títeres”.

—¿Hace mucho que empezó la función?

—En este momento.

—¿Y cuánto cuesta la entrada?

—Veinte centavos.

Pinocho, picado por la curiosidad, perdió toda discreción y le dijo a su interlocutor:

—¿Me podrías prestar ese dinero hasta mañana?

—Con mucho gusto lo haría — le contestó el otro en son de mofa—, pero hoy no puedo.

—Te vendo el saco.

—¿Y qué voy a hacer con un saco de papel floreado?

—¿Quieres comprar, entonces, mis zapatos?

—¡Bah! Apenas sirven para encender el fuego.

—Entonces, ¿cuánto me das por el gorrito?

—¡Lindo negocio! ¡Un gorro hecho con migas de pan! Los ratones vendrían a comérmelo en la misma cabeza.

—¿Quieres darme veinte centavos por esta cartilla?

—Yo soy un niño, y no le compro nada a los niños —le contestó el otro que, por lo visto, tenía más juicio que él.

—Por veinte centavos te la compro yo —dijo un ropavejero que estaba cerca.

El libro fué vendido de inmediato. ¡Y pensar que, para poderse lo comprar a Pinocho, el bueno de Geppetto se había quedado en su casa en mangas de camisa y temblando de frío!...

## X

### *El titiritero Tragafuego*

Cuando Pinocho entró en el teatro provocó gran revuelo. La función ya había empezado y en la escena estaban Arlequín y Polichinela, dispuestos a cambiarse una buena tanda de palos.

Los concurrentes se morían de risa oyendo el altercado de los dos muñecos de madera.

De pronto, Arlequín dejó de recitar su papel y, dando la cara al público, hizo señas en dirección al fondo de la platea, gritando en tono dramático:

—¿Qué es eso, Dios mío?... ¡Sueño o estoy despierto?... No, no sueño; ese que está allí es Pinocho.

—¡Sí, es Pinocho! —gritó Polichinela.

—¡Es él! ¡Es él! —chilló a su vez Rosaura, asomando la cabeza por el fondo.

—¡Es Pinocho! ¡Es Pinocho! —exclamaron a

coro todos los muñecos, saliendo a saltos de entre los bastidores.

—¡Que siga la función!

Los muñecos, sin atender las justas protestas de los espectadores, redoblaron el alboroto y, llevando a Pinocho en andas, lo pasearon ante las candilejas.

Entonces apareció el titiritero, que era un hombre de cara tan fea que asustaba.

Ante la inesperada aparición, todos se callaron.

—¡Por qué has venido a trastornar mi teatro?  
—le preguntó el titiritero a Pinocho.

—La culpa no fué mía, señor... Puede preguntar a los otros...

—Está bien. Esta noche arreglaremos cuentas.

Esto diciendo, tomó a Pinocho y lo colgó de un clavo.

Terminada la función, se dirigió a la cocina, donde había preparado para su cena un lindo cordero que daba vueltas lentamente, ensartado en el "spiedo". Como le faltara leña para terminar de cocinarlo, llamó a Arlequín y a Polichinela y les dijo:

—Tráiganme a ese muñeco que dejé colgado de un clavo. Es de madera muy seca y dará una linda llama para el asado.

Arlequín y Polichinela vacilaron, pero asustados por la furiosa mirada que les lanzaba su patrón, obedecieron, y poco después volvían a la cocina, llevando en brazos a Pinocho, que, debatiéndose como una anguila, chillaba desesperadamente.

—¡Papito querido, sálvame!... ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir!...

*El perdón*

Tragafuego —que tal era el nombre del titiritero— parecía un hombre terrible, pero en el fondo no lo era. Por eso, cuando vió delante suyo al pobre Pinocho debatiéndose desesperadamente, se le ablandó el corazón, y le dijo:

—Deja de llorar, que tus lamentos me producen un desagradable vacío en el estómago.

—Lo siento —dijo Pinocho.

—Gracias. Y dime: ¿tus padres viven todavía?

—Papá sí. En cuanto a mamá, no la conocí nunca.

—Buen disgusto iba a tener tu padre si yo te hacía arrojar sobre estas brasas. ¡Pobre viejo! Le tengo lástima.

—Yo también —dijo Pinocho.

—Así me gusta. Sin embargo, yo a mi vez merezco compasión, pues no me alcanza la leña para terminar el asado. Tú me hubieras venido de perilla. Pero me has conmovido. En tu lugar echaré al fuego a cualquier muñeco de mi compañía. ¡A ver, vigilantes!

Respondiendo a este llamado, aparecieron dos títeres policías altos y flacos.

—Agarren a Arlequín —les dijo el titiritero—, Atenlo fuerte y échelo al fuego.

Imagínense ustedes al pobre Arlequín. Fué tal el susto que recibió, que se le doblaron las piernas y fué a dar contra el suelo.

Pinocho, ante un espectáculo tan conmovedor,

se echó a los pies de Tragafuego y, llorando a lágrima viva, le dijo con suplicante voz:

—¡Piedad, señor!...

—¿Qué quieres?

—Que no eche al fuego al pobre Arlequín.

—Ya que te he salvado a ti la vida, debo sacrificarlo a él, pues quiero que mi cordero esté bien asado.

—Entonces —dijo Pinocho, irguiéndose y tirando lejos su gorra de miga—, ya sé cuál es mi deber. Señores vigilantes: átenme a mí y échennme al fuego. No es justo que el pobre Arlequín, mi gran amigo, muera en mi lugar.

Tragafuego al principio permaneció duro e im- pasible, pero luego empezó a conmoverse. Cuando no pudo contener más su sentimiento, abrió afectuosamente los brazos y le dijo a Pinocho:

—Eres un niño bueno. Ven y dame un beso.

El muñeco corrió junto al hombrón, y, trepándose por la barba, fué a depositar un beso en la punta de su nariz.

—Entonces, ¿no me condena usted al fuego? preguntó Arlequín.

—Por esta noche, me resignaré a comer un asado medio crudo, pero otra vez, ¡pobre del que le toque!

# FIN

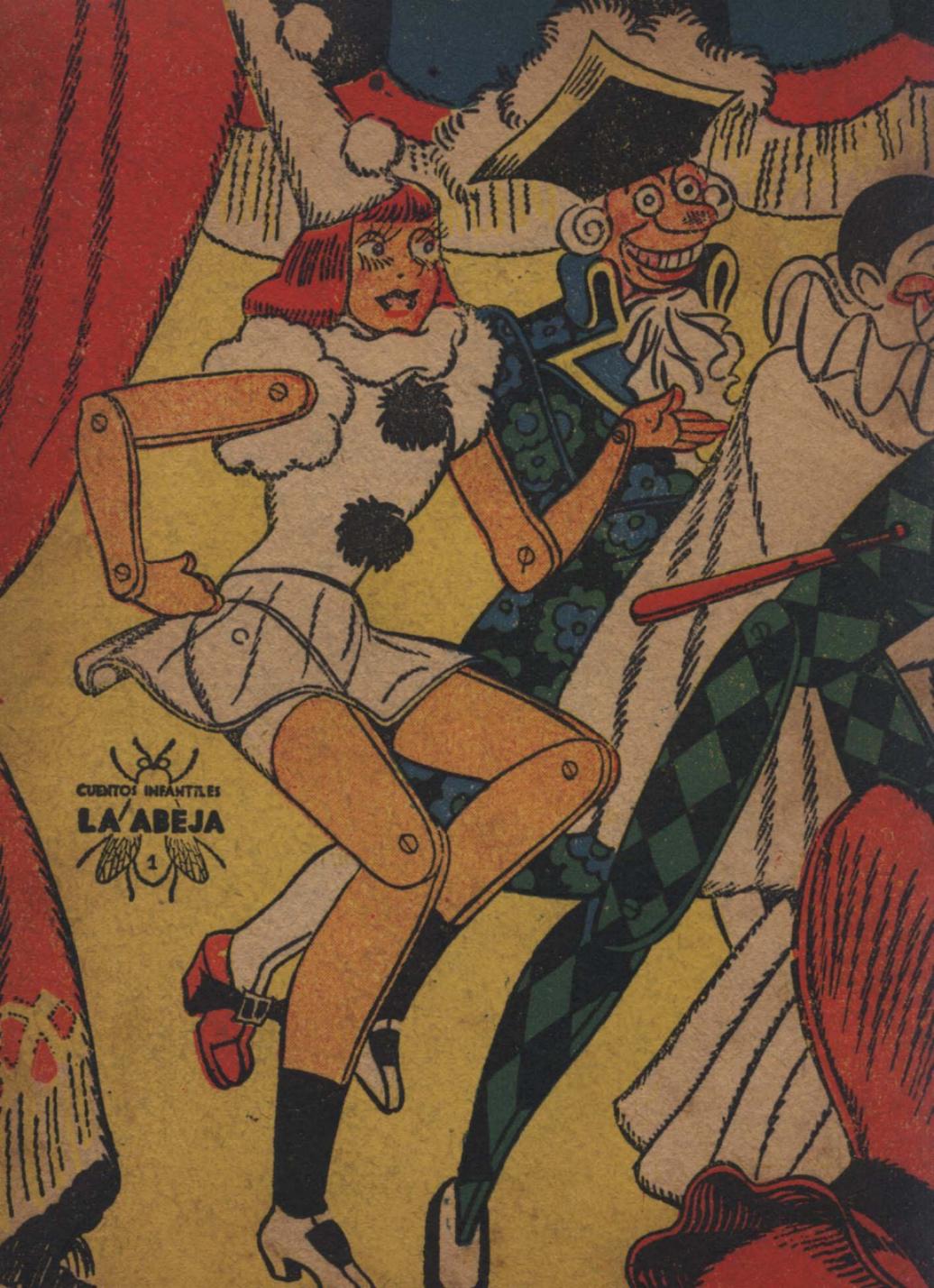
Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

Impreso en los Talleres de la Editorial Tor, el 8 de enero de 1945. Bs. Aires

SE  
LIV  
C-LA  
01





CUENTOS INFANTILES  
**LA ABEJA**  
1